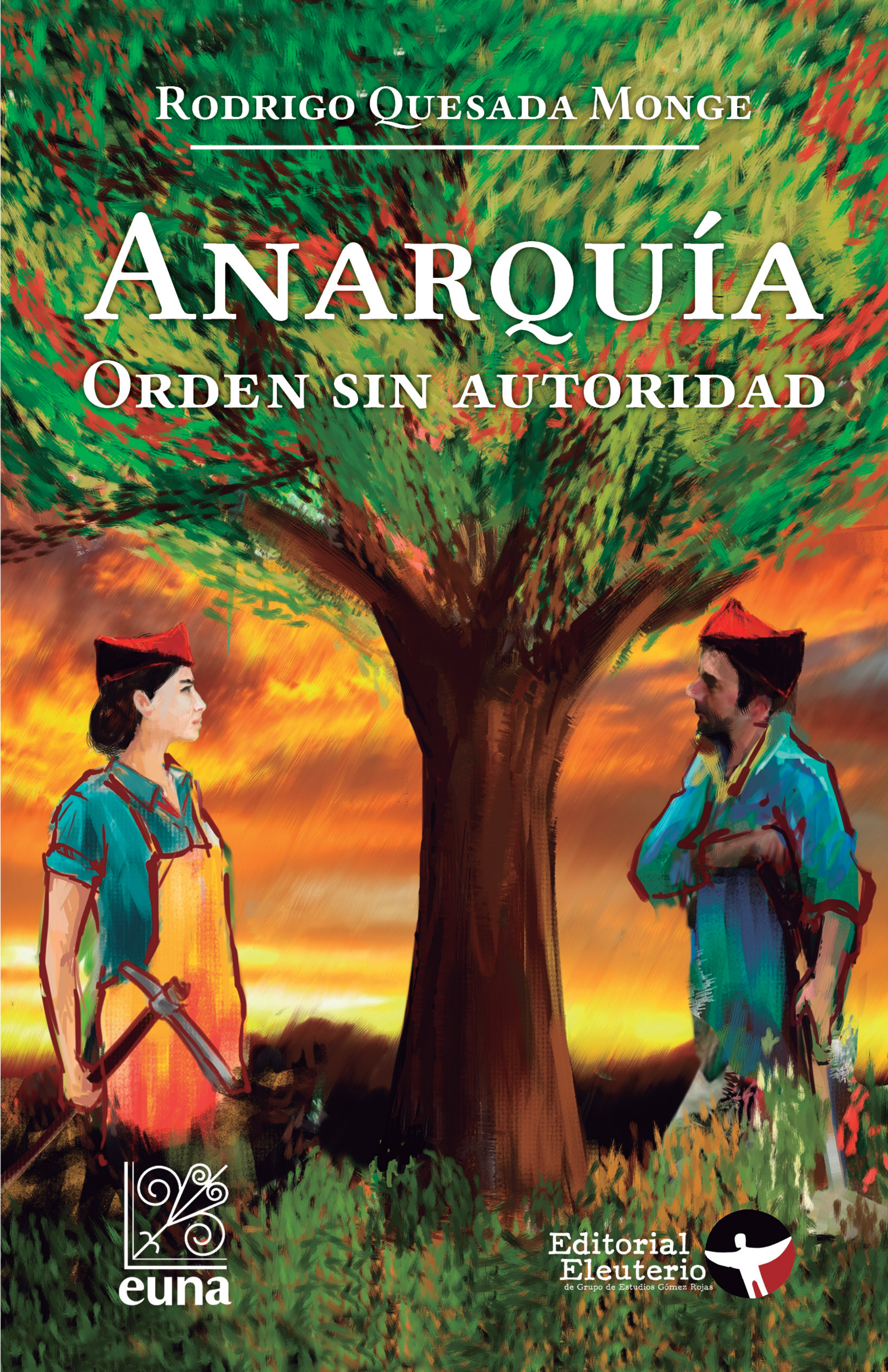


Rodrigo Quesada Monge
Anarquía
Orden sin autoridad
euna
Editorial
Eleuterio
de Grupo de Estudios Gómez Rojas

RODRIGO QUESADA MONGE

ANARQUÍA

Orden sin autoridad







Quesada Monge, Rodrigo
Anarquía. Orden sin autoridad – 1ª ed. – San José de Costa Rica - Santiago de Chile: EUNA / Editorial Eleuterio, 2014.
450 pp.; 13,9 × 21,5 cms.

ISBN 978-956-9261-06-0

1.Anarquismo 2.Ensayo 3.Historia I.Título II.Autor

Primera edición. Mayo 2014.
Quinta reimpresión. Diciembre de 2019.

Edición a cargo de:
Alexandra Meléndez (EUNA)
Diego Mellado G. (Editorial Eleuterio)

Proyecto gráfico:
Artes Gráficas Cosmos

Ilustración de cubierta:
Camilo Terán C.

ISBN: 978-956-9261-06-0

Editorial Universidad Nacional (EUNA)
Web: www.una.ac.cr/euna
Contacto: amelende@una.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
San José de Costa Rica.

Editorial Eleuterio
Web: http://eleuterio.grupogomezrojas.org/
Contacto: eleuterio@grupogomezrojas.org
Santiago de Chile.

© “Anarquía. Orden sin autoridad”.
EUNA. 2013.

De conformidad con la ley N° 6683 de Derechos de Autor y Derechos conexos es prohibida la reproducción de este libro en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso escrito del autor.

Contenido

Es tan viejo como las montañas,
que los esclavos de hoy pueden llegar a
ser los tiranos del mañana.

Emma Goldman

Para Mario Oliva Medina, colega y viejo amigo,
uno de los pioneros en la investigación histórica
del anarquismo en Costa Rica.

Introducción General

Este libro tiene como principal meta la divulgación de algunas de las ideas básicas y la historia del pensamiento anarquista. No tiene aspiraciones doctrinarias ni mucho menos. Hoy no existe la persona que pueda, individualmente, en un solo trabajo abarcar la totalidad del ideario anarquista, pues la cantidad de información existente sobre el tema podría tomar varias vidas para ser comprendida a cabalidad. En vista de esta abrumadora masa de información, de experiencias prácticas e históricas, a los seres humanos sencillos y de a pie, solo nos queda la modesta tarea de brindar información general.

Sin embargo, esto era muy necesario en un pequeño país como Costa Rica, donde hace muchos años no se publicaba un trabajo que buscara brindar algunas piezas de información más o menos articuladas, sobre lo que pretende el anarquismo, como doctrina social, política y cultural. Nuestra exposición es simpática con el tema, y cuando fue necesario abordarlo con pasión y subjetividad lo hicimos sin empacho. No somos de los historiadores que todavía piensan en que la investigación histórica debe ser totalmente "objetiva" para adquirir el dudoso prestigio de científica. Cuando

fue requerido, hablamos también de las carencias del anarquismo como ideal y como praxis.

Son terribles las cosas que se han dicho del anarquismo. La mayor parte de la gente se imagina a un anarquista, como un tipo con los ojos inyectados en sangre, con una daga entre los dientes, y con los bolsillos cargados de granadas y cartuchos de dinamita, dispuesto a inmolarse (como los terroristas de nuestros días), en aras de imponer sus ideas de socialismo, paz y amor. ¡No podría haber contradicción más absurda! Muy poca gente sabe que uno de los principales maestros de Mahatma Gandhi (1869-1948), el gestor de la independencia de la India y una de las mayores espiritualidades del siglo XX, era precisamente un anarquista, un escritor quien a la vez, era también un aristócrata, uno de los grandes terratenientes de Rusia, y por derecho propio, a su manera, un hombre muy espiritual. Nos referimos por supuesto al conde León Tolstoi (1828-1910).

Sin embargo, durante los años noventa del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, algunos anarquistas creyeron que *la acción directa,* o *la propaganda por el hecho,* es decir la ejecución de algunas figuras públicas, o el simple acto de terror, podía mover a las grandes mayorías a tomar consciencia, de su oprobiosa situación social, económica y política. Estos actos individuales fueron fieramente condenados en su momento, y el anarquista consecuente de nuestros días jamás los verá con satisfacción, si es que combate con seriedad a la violencia como forma de vida. Aunque entienda el dolor y la rabia que puedan producir en algunas personas, las enormes injusticias que hoy se cometen contra millones de personas, en diferentes partes del mundo, por los poderes organizados que se llaman a sí mismos religiosos, democráticos o socialistas.

Pero Tolstoi no estaba solo. Él era simplemente un eslabón de un grupo de personas que, a lo largo de milenios, han sostenido que uno de los ingredientes más nocivos y peligrosos de nuestras sociedades es el ejercicio brutal e ilimitado del poder, en todas y cada una de sus expresiones. No hay nada tan terrible y humillante como la dependencia esbirra y sumisa de un ser humano con respecto a otro. Se han escrito miles de libros, se han hecho guerras y han muerto millones de personas, para impedir que esta clase de sumisión se llegue a extender por todo el planeta. Los anarquistas

son solamente un grupo de gente que piensa que, mientras haya vida en este mundo, toda lucha vale la pena para impedir tal cosa.

Muchas otras personas están en lo mismo se nos dirá. Es cierto, pero los procedimientos y la agenda de los anarquistas son únicos, porque combaten a tiempo completo, a esa soberana alianza, especialmente diseñada para opacar la felicidad de las personas, integrada por el Estado-la Iglesia (organizada)-el Capital. Se trata de una alianza que le ha hecho mucho daño a la humanidad, y ha sido tarea de los anarquistas proponer una rebeldía permanente contra sus designios. El Estado y la Autoridad no son una ecuación, como piensan algunos. Los anarquistas aceptan y reconocen la Autoridad de la ciencia y de la sabiduría. Jamás la del autoritarismo, la prepotencia y la fuerza bruta, ya sea en regímenes de derecha, como de izquierda. La Iglesia y la Espiritualidad tampoco son una ecuación.

Los anarquistas son profundamente respetuosos de la ética y la clase de espiritualidad que decida escoger la gente, para su propia felicidad, desde su interior más personal. El anarquista no reconoce a las iglesias jerarquizadas. La historia es una prueba de su devastadora incompetencia para resolver los grandes problemas espirituales de la humanidad. Acepta al cristiano, como hacía Tolstoi, en aquel ser humano que defiende su derecho a comunicarse con su Dios, tal y como le dé la gana, sin intervenciones o mediadores de alguna especie. El Capital y la Riqueza tampoco son una ecuación. La riqueza moral, solidaria, artística, intelectual nada tiene que ver con el capital, que se sustenta, esencialmente, y adquiere razón de ser a partir del momento en que sus confrontaciones con el trabajo, le dejen cada vez más ganancias.

De hombres y mujeres que han pensado, sentido y actuado de acuerdo con estos principios básicos se habla en este pequeño libro. Para la primera parte, hemos compuesto diecisiete capítulos, en los que se discute y se reflexiona sobre tópicos esenciales en el ideario anarquista, también conocido como pensamiento libertario o ácrata. Valga la aclaración que la palabra *libertario* es de procedencia anarquista, y nada tiene que ver con los postulados del anarco-capitalismo de extrema derecha, para el cual el mundo es una jungla, en la que sobrevive el más fuerte. En este libro, cada vez que hablamos de libertarios, nos referimos a los anarquistas, aquellos

que aspiran a una sociedad totalmente libre, sin autoritarismos, y donde la solidaridad entre las personas, solo sea posible a través de una versión productiva y fluida del socialismo.

Cómo se ha luchado por alcanzar esta utopía, el trayecto histórico de estos esfuerzos se describe en la segunda parte, compuesta de ocho capítulos en los que se trata de recoger algunos de los momentos sobresalientes de la práctica del anarquismo, en los últimos doscientos años. El testimonio es revelador, porque los anarquistas siempre estuvieron al lado de los perdedores, no de los triunfadores y gananciosos. De aquí que sus ideales sean esencialmente utópicos, y de que apelen a la Utopía, así con mayúscula, como su principal guía de orientación en un mundo estructurado para que sea el rico, el exitoso, el triunfador, el que se haga dueño de la felicidad.

La libertad absoluta por la que lucha el anarquista, jamás será posible en ese mundo utópico sin opresores ni oprimidos en el que sueña, mientras exista la alianza de que hablábamos antes. Por eso, la historia que se cuenta en este libro está repleta de perseguidos y perseguidores, verdugos y ejecutados, revoluciones triunfantes y luego malversadas, de golpes de mano contra la inocencia de la gente, y del abuso en sus manifestaciones más penosas. La investigación la concluimos incluyendo dos capítulos finales, en los que se estudia el anarquismo en América Latina, y en Costa Rica, donde jamás se pensó que podría llegar una doctrina, cuya columna vertebral es la defensa más intransigente posible de la libertad en todas sus expresiones. Muchos de los santones de la cultura oficial en esta inocente Arcadia costarricense, tenían también sus veleidades ocultas con el anarquismo, como veremos.

Debo agradecer públicamente a ciertas personas quienes tuvieron la elegancia, la paciencia y el afecto suficientes para leer algunos capítulos de este ensayo. Mis amigos chilenos de la *Revista Escáner Cultural* y los españoles de la *Librería Malatesta,* tuvieron la gentileza de publicar partes del trabajo, los primeros, y de proveerme con valiosos materiales los segundos. Nunca se agradece lo suficiente este tipo de expresiones de interés por lo que uno hace. Lo mismo podría decir, y con la misma profunda gratitud, de colegas como Paul Benavides, Alejandra Chavarría, Mario Oliva y Marcos

Reyes Dávila. A toda mi familia, por supuesto, gracias por tanta solidaridad. A mi esposa Maritza, cuya profesional labor filológica siempre mejora con notoriedad todos mis ensayos.

Mención aparte merecen los colegas y amigos de la *Editorial Eleuterio* de Chile, a quienes debo mi profunda gratitud, por sus afanes y gentileza para que este libro se conociera en América del Sur. Lo mismo debo decir de la *EUNA* en Costa Rica, cuya editora estrella, Alejandra Meléndez, ha sido siempre tan acuciosa e imaginativa, para que mis textos alcanzaran la excelencia esperada. Por supuesto que los errores que pudieran aparecer son todos de mi absoluta responsabilidad.

Rodrigo Quesada Monge

Capítulo XXIII

Antiglobalización (Seattle, 1999)

"We are the World": towards global social democracy[379].

Para algunos autores y críticos, la globalización es de esos procesos económicos, sociales, políticos e ideológicos tan curiosos y complejos de los últimos cincuenta años, que se dificulta enormemente tratar de encasillar su dinámica en unas cuantas fórmulas librescas. Mientras que para otros, la llamada globalización le pertenece a los últimos quinientos o doscientos años de la historia occidental. Todo depende del enfoque, del énfasis y de los componentes sobre los cuales se pose nuestra reconcentrada mirada. Hace ya casi década y media que publiqué un libro sobre el tema, y me temo que muchas de las cosas dichas y sugeridas allí siguen con su vigencia intacta[380].

Nuestro enfoque de entonces buscaba llamar la atención del lector sobre los aspectos culturales y existenciales de la globalización, a la cual definimos como el viejo imperialismo, solo que hoy tiene otro nombre. En realidad, la globalización capitalista, de la civilización burguesa, inició su despegue hace cinco siglos, cuando la geografía

379 / *"Nosotros somos el mundo": hacia una democracia social global.* Simon Tormey. *Anti-Capitalism. A beginner´s guide* (Oxford, England: Oneworld Publications. 2004) P. 95.
380 / Rodrigo Quesada Monge. *Globalización y deshumanización. Dos caras del capitalismo avanzado* (Costa Rica: EUNA-EUCR. 1998) 211 páginas.

del planeta empezó a revelar que existían lazos invisibles más fuertes de lo imaginado, entre distintos pueblos, bastante diversos, ligados entre sí, la mayor parte del tiempo por la fuerza, con resultados y consecuencias que aún en el presente, estamos tratando de explicar.

Sin embargo, el concepto de *globalización* es de reciente catadura. Durante los años sesenta del siglo XX, en las economías capitalistas avanzadas del orbe, algunos técnicos y expertos empezaron a notar que ciertos componentes productivos, financieros y tecnológicos, le estaban dando una nueva textura a la expansión de los capitales, apuntalada por las grandes corporaciones multinacionales, cuya historia se remonta a los años setenta del siglo diecinueve.

Durante los años de la Guerra Fría, es decir, aquellos que se ubican entre el fin de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y la lenta y agónica desaparición del socialismo real y de la vieja Unión Soviética (1984-1991), el sistema económico capitalista creció y profundizó sus estructuras comerciales, financieras, políticas e ideológicas, aquellas que lo convirtieron en un sistema económico mundial, el cual arrinconó y quebró a las economías del socialismo autoritario. Estas últimas no tardaron en colapsar, más por serios problemas internos (entre otras razones, por la descomunal impericia de sus burocracias partidistas), que por su escasa competitividad en relación con el sistema capitalista mundial, sostenido, la mayor parte del tiempo, en la punta de las bayonetas y los portaviones.

En estos términos la globalización no es un evento, es un proceso histórico vasto y tortuoso, mediante el cual el capitalismo feroz se adueña del planeta, y el socialismo autoritario languidece en las bibliotecas públicas, como una de las farsas sociales y políticas de todos los tiempos. Pero, precisamente, en eso reside la peligrosa contaminación que trae consigo la globalización porque, sobre todo después del colapso de las democracias populares en Europa, el terreno quedó despejado para que los cuatro jinetes del Apocalipsis volvieran a cabalgar sin vallas de ninguna especie en su trayecto: el hambre, la guerra, la enfermedad y la ignorancia.

Mientras la globalización podría ser definida como el conjunto estratégico neoimperialista que le da sentido a la expansión del sistema económico, el neoliberalismo, su entrañable soporte ideológico, podría ser caracterizado como el conjunto de instrumentos

teóricos, institucionales y operacionales, mediante los cuales la globalización adquiere sentido histórico[381]. La cabal comprensión de estas dos dimensiones del asunto podría facilitarnos una visión clara del por qué, al mismo tiempo que la economía capitalista crece, se expande y exhibe su opulencia de manera soez, el resto de la humanidad se hunde en la pobreza, el hambre, la enfermedad y la ignorancia.

La globalización terminó por afectar la vida cotidiana de las personas, de una manera que no tiene comparación con ningún otro proceso similar en la historia reciente de la civilización burguesa. En el pasado, la Revolución Agrícola, la Revolución Industrial, la Revolución Francesa, para citar solamente algunos ejemplos, con sus alcances internacionales en materia productiva y reestructuración política del sistema económico, ligeramente llegaron a penetrar y a transformar la cotidianidad de los seres humanos, de la forma en que la globalización tecnológica lo hizo, durante los últimos cincuenta años.

La espectacular socialización de los medios de comunicación colectiva, la velocidad y la fluidez con que se produce y viaja la producción y difusión del conocimiento, alteró irreversiblemente el estilo de vida, la dieta, la forma de viajar, de vestirse, e incluso las percepciones de sí mismo que puedan tener los seres humanos, sobre todo en las grandes ciudades del capitalismo central. Porque si de algo hay que estar seguro, es que la globalización económica, tecnológica, financiera y cultural constituye un fenómeno suscitado esencialmente en los países ricos. A los países pobres solo les ha quedado el buen criterio de observar lo acontecido allá, tratar de integrar lo mejor de lo mismo, y continuar soñando con que todavía es posible un mundo donde la pobreza, la guerra, las hambrunas, las epidemias y toda clase de miseria humana sean erradicadas. En esto, precisamente, consiste la tragedia de los pueblos pobres que se plantearon asumir la globalización como suya.

La expansión sin límites de los mercados, según dicen algunos, borró las fronteras entre pobres y ricos y les dio paso a los consumidores, quienes no son ni ciudadanos, ni trabajadores, ni per-

381 / David Harvey. *The New Imperialism* (Oxford University Press. 2005) y David Harvey. *A Brief History of Neoliberalism* (Oxford University Press. 2005).

sonas. La sociedad del espectáculo, como la llamaba Debord[382], creó una nueva monstruosidad que se puede bautizar como el ciudadano-consumidor-cosmopolita, quien no reconoce fronteras, nacionalismos, patrias o límites morales de ninguna especie para la expansión de sus actividades. Estas, según él, son perfectamente legítimas, como lo es también la acumulación desmedida, la usura, el acaparamiento, la manipulación de los mercados, y la transacción oscura de precios y mercancías en un sistema económico donde todo es válido, hasta que no te atrapen in fraganti.

El ciudadano-consumidor-cosmopolita no conoce de clases sociales, poder político, liderazgos o gestiones económicas que se ejerzan fuera de las posibilidades y de los límites establecidos por el sistema económico. Este le ha brindado todos los recursos físicos, financieros y culturales, para que consuma, se enriquezca y no reflexione sobre los perfiles éticos de sus acciones. Es curioso pero alguien podría pensar que este sujeto se asemeja en mucho al anarquista renegado y rebelde, que quiere vivir su vida en los márgenes del sistema. Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre ambos, porque el ciudadano-consumidor no aspira a la acumulación de sueños, solo de mercancías. El anarquista, de lo contrario, está repleto de sueños. El ciudadano-consumidor puede vivir en Haití o Somalia, como puede encontrarse también en Nueva York, París o Londres, siempre y cuando esté comprando de manera insaciable, y aunque no se mueva del mullido sillón en que se sienta todos los días frente a la computadora. En esto consiste el espectáculo brindado al mundo por la globalización.

Ni aún en los delirios de Marx, sobre el fetichismo de la mercancía, se alcanzaron los niveles de deshumanización a que nos ha llevado la globalización. Para Marx y un grueso importante de sus seguidores, era conveniente y saludable que el sistema capitalista se extendiera por todo el planeta, y que la civilización burguesa llegara hasta los resquicios más escondidos de su geografía física. Entendía que pueblos innúmeros todavía vivían en los márgenes de la cultura y la civilización (como la India o América Latina), de tal manera que el único medio viable para integrarlos, era imponiéndoles el

382 / Guy Debord. *La sociedad del espectáculo* (Valencia, España: Pre-Textos. 2008. Prólogo, traducción y notas de José Luis Pardo) Capítulo II.

sistema económico que había sacado a Europa de la supuesta "oscuridad medieval", a través de varias revoluciones socio-económicas, culturales y políticas, lideradas en su gran mayoría por una burguesía beligerante, culta, acomodada y expasionista.

Pero en los países capitalistas avanzados, el sistema económico había terminado por alienar a las personas, las había convertido en máquinas de trabajo, como les sucedió a los asalariados, y en demiurgos poseídos por el afán de acumular riquezas, como le aconteció a la burguesía. Sin duda, Marx pensaba que la única forma de llegar al socialismo era pasando por el desarrollo capitalista. De tal manera que, sólo los países capitalistas altamente desarrollados, como era el caso de Inglaterra, Francia y Alemania, con clases trabajadoras sólidas, organizadas y perfectamente politizadas, podían pensar en llevar a cabo la revolución socialista, requerida para superar un sistema económico despojado de sus reservas históricas para imponerse en todo el planeta.

Marx justificó la invasión y la ocupación colonialista de la India por parte de Gran Bretaña. Su obsesivo eurocentrismo no lo dejó ver con claridad la enorme importancia de las luchas anticolonialistas de los latinoamericanos contra el vetusto imperio español, y criticó con dureza el curso tomado por la industrialización en los Estados Unidos, después de la guerra civil. Su ceguera eurocéntrica le impidió ver la lógica consecuencia de sus estudios sobre el comercio internacional, es decir, el imperialismo, algo que Lenin estudió de manera muy personal y eficaz, reinterpretando a los exégetas liberales y socialdemócratas de Marx en Inglaterra y Alemania. El resultado fue pródigo en escuelas de pensamiento antiimperialistas, que hoy pueblan las academias y universidades de diferentes países en el mundo, pero que no siempre están en consonancia o armonía con las enseñanzas ortodoxas de Marx[383].

Sin embargo, Marx descubrió, desmenuzó y convirtió en objetos de estudio importantísimos para la filosofía y las ciencias humanas y sociales contemporáneas, el asunto de la alienación, así como del fetichismo de la mercancía. Será muy difícil comprender los procesos de la globalización y del neoliberalismo, desde una perspectiva

383 / Rodrigo Quesada Monge. *América Latina. 1810-2010. El legado de los imperios* (San José, Costa Rica: EUNED. 2012). Capítulo I.

crítica, sin abordar el estudio de esos dos aspectos mencionados. Porque la deshumanización a que llegó el sistema capitalista a lo largo de su tortuosa historia, es el producto ineludible de una globalización de los mercados, en los que las personas se han transmutado en simples consumidores y han perdido su condición humana fundamental: la solidaridad. Llegar hasta ahí fue posible gracias a dispositivos ideológicos muy efectivos, como el neoliberalismo, para el cual un ser humano lo es, a partir del momento en que se asuma como consumidor, y olvide todo lo demás.

Las grandes discusiones del pasado sobre los caminos por seguir para llegar a contar con una conciencia de clase, más o menos elaborada, cedieron su lugar a reflexiones y debates sobre el verdadero papel de toda conciencia en el quehacer de las personas, y de los grupos humanos, en cualquier parte del mundo. Ante la realidad evidente de la globalización materialista y deshumanizadora de la cultura burguesa contemporánea, los neoliberales resolvieron el dilema de si tenía o no sentido reflexionar sobre los contenidos éticos de las opciones mercantiles, por las cuales una persona se inclina, en condiciones utópicas de competencia perfecta. Hoy, se ve con gran naturalidad, la reaparición del clásico darwinismo social.

La globalización, que llegó a convertirse en la punta de lanza de una nueva forma de hacer imperialismo, readecuó las viejas instituciones financieras del capitalismo, algunas originalmente pensadas para atender el escenario financiero que había dejado la Segunda Guerra Mundial, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Encontró en la derrota del socialismo autoritario de inspiración soviética, una buena excusa y al mismo tiempo una buena explicación, para sostener que la historia de la civilización había llegado a su fin y que el triunfo del sistema económico era definitivo. De aquí en adelante, solo quedaba profundizar y generalizar la herencia moral que la civilización burguesa podía garantizar, respaldada con los ejércitos y la maquinaria militar de los Estados Unidos y de la OTAN.

No obstante, las crisis económicas y financieras que se suscitaron, casi en cadena, después de 1995, empezando por México y continuando con los supuestos Tigres del Pacífico, hasta llegar al colapso que sacudió a la sociedad norteamericana en 2008, y tiene

en jaque hoy en 2013, a la Comunidad Económica Europea, pusieron sobre la mesa de negociaciones, una serie de problemas que la enorme masa de consumidores liberados por la caída del socialismo real en 1991, no saldaron con creces, como se esperaba.

Aparte de que el capitalismo renació en países como Rusia, portando el estigma de un sistema corrupto y represivo, lo cual garantizaba mercados cooptados y segregacionistas, las sociedades capitalistas más avanzadas de Occidente se encontraron, de la noche a la mañana, con la triste realidad de que el sistema financiero había quebrado y descentralizado a estructuras económicas que tenían siglos de funcionar ávidamente, pero con un alto grado de eficiencia, tales como la industria automovilística, de la construcción, y de los combustibles.

La gran burguesía financiera en los Estados Unidos y Europa entonces, acudió a las viejas soluciones, para problemas de nueva factura. La industria militar recibió un nuevo aire con la garantía de guerras sostenidas en Irak, Afganistán y otras partes del mundo. También el derrumbe y el desmantelamiento total del viejo Estado Benefactor, le abrió el camino a una nueva concentración de la riqueza en tan pocas manos, que arrinconó a las masas populares, a los sindicatos, los gremios y a toda nueva expresión de organización popular y las dejó sin otra salida que las manifestaciones callejeras, y la búsqueda de soluciones alternativas que no contemplaran ni al socialismo autoritario, ni al capitalismo salvaje como marcos de referencia.

La ola de violencia popular y de protestas callejeras, organizadas unas, y espontáneas otras, que recorrió las grandes ciudades de Europa, Estados Unidos, Asia y América Latina, después de 1999, era un síntoma ruidoso de que algunas cosas estaban cambiando. Esto demostraba de manera contundente que la historia no había llegado a su fin[384], sino que, al contrario, un nuevo capítulo de luchas sociales, y una inédita combatividad popular estaba sacudiendo los grandes centros de poder del capitalismo central. Cada vez más voraz e incompetente para hacerle frente a la administración y justa distribución de los flujos imparables de riqueza que estaban lle-

384 / Francis Fukuyama. *El fin de la historia y el último hombre* (Barcelona: Planeta. 1992) Parte V.

gando a sus manos, producidos por trabajadores sobreexplotados en sus propias localidades, quienes hoy laboran hasta diez horas diarias para no perder sus empleos, en tanto que un ejército enorme de parados presiona desde afuera para mantener los salarios estancados, este capitalismo central ya probó que su hora ha pasado. Esto no solo sucede en los Estados Unidos y Europa, sino también en América Latina, Asia y África, donde viejas formas de explotación y esclavitud han resurgido, para llevar algo a la mesa de grandes contingentes de trabajadores que apenas sobreviven con empleos informales o escogen la vía fácil del narcotráfico, el crimen organizado, la prostitución o el comercio internacional de personas.

El legado intelectual, moral y político de los años sesenta en los Estados Unidos, Francia, México, Checoslovaquia y otras partes del mundo, que las revueltas populares, y el movimiento estudiantil y sindical lograron transmitirle a las generaciones futuras, no cristalizó en grandes sacudidas revolucionarias, o en brotes organizativos radicalmente distintos a lo que se conocía, hasta ese momento, pero le concedieron a las personas y a los grupos de protesta, un nuevo respiro por encima de las pretensiones de las maquinarias estatales, tanto occidentales como orientales, de mantener a la gente en el absoluto mutismo.

El grado de acercamiento entre estudiantes, trabajadores sindicalizados, burócratas agremiados, intelectuales, mujeres, minorías sexuales, grupos ecologistas, y una miríada de organizaciones e individuos dispuestos a todo para conservar su derecho a soñar y a concretar esos sueños hasta donde fuera posible facilitó, también, un gran descubrimiento en el mundo subterráneo de las grandes ciudades del capitalismo central. Una nueva forma de espontaneísmo emergió en las calles de París, México, California, Praga, Berlín y otras, el cual hizo saltar en pedazos las diferencias sexuales, étnicas, profesionales, políticas y organizativas entre las personas. Ello posibilitó un acercamiento humanístico y cultural que cuajó en un nuevo lenguaje para comprender y expresar la inédita cotidianidad que se estaba fraguando en los bulevares, las plazas, las tabernas, los burdeles, las oficinas, las aulas y las esquinas de los barrios de esas grandes ciudades.

Lo sucedido en Seattle entre el 28 de noviembre y el 3 de diciembre de 1999[385] no fue solamente el chispazo que inició una serie de protestas y manifestaciones populares a todo lo largo y ancho del mundo capitalista, sino que ahí se planteó, se vislumbró como nunca antes, la posibilidad cierta de construir una vida mejor, donde la solidaridad, la genuina comunicación entre las personas, la amistad y la imaginación se dieran la mano por primera vez. De esta forma, abordar la paradoja que produjo Seattle, al unir formas, concepciones y prácticas distintas de concebir el mundo, en las calles y en el corazón de las personas, como si se tratara de un asunto exclusivamente dirigido contra una institución financiera capitalista tan siniestra como la Organización Mundial del Comercio, es reducir la verdadera textura de la protesta a un simple espasmo, sin trascendencia alguna en el desarrollo y crecimiento de las luchas populares en el siglo que se avecinaba.

La lucha de fondo era contra el sistema económico y social, no contra una institución, la cual, a pesar de ser algo de lo más visible en la tragedia que es el capitalismo para la vida cotidiana de los seres humanos, es simplemente el vocero de la voracidad y ambiciones de unos cuantos lenguaraces quienes, durante siglos, han tratado de ocultar con términos tales como "libertad de comercio" y "libre mercado", el verdadero robo que los propietarios les propinan todos los días a las personas comunes y sencillas de este planeta. En Seattle, en esa ocasión se vivió una de las jornadas anticapitalistas más espontáneas y sin embargo mejor articuladas de las que se tenga memoria, hasta ahora; porque luego vinieron otras en Europa y en los Estados Unidos, orientadas por motivaciones similares que buscaban, en el centro mismo del capitalismo, pensar una sociedad distinta donde la contaminación, la explotación, el derroche, el despilfarro y la humillación de la gente y la naturaleza no tuvieran cabida[386]. Además, lo acontecido en Seattle, luego en Génova y en Quebec, no puede ser definido fácilmente como un "movimiento de movimientos" el cual está recorriendo el planeta y se agota en las protestas, la fiesta y el carnaval, a partir del poder de convocatoria

385 / Alexander Cockburn y otros. *5 Days That Shook the World* (London and New York: Verso Books. 2000) Capítulo 2.
386 / Ibídem. Cap. 7.

que han tenido aquellas manifestaciones, contra las distintas reuniones y encuentros realizados por los grandes dueños del capital, en diferentes partes del mundo. Dicho movimiento fue definido, en un primer momento, como "anti-capitalista", "anti-globalización", "anti-corporativo" y "anti-neoliberal", lo cual, como hemos indicado, podría reducir sustancialmente sus intenciones originales. Talvez, podría caracterizarse su naturaleza, a partir de las ideas y aspiraciones que promociona, antes que por sus acciones y sus despliegues activistas en contra de aquellos sujetos.

En realidad, se trata de un Movimiento por la Justicia y la Solidaridad Globales, lo cual incluye un amplio abanico de expresiones, gestiones de contrapeso y acciones contra aquellos que tratan de arrinconar a los campesinos sin tierra en Brasil, a los sobrexplotados trabajadores del Sureste Asiático, Bangladesh y Filipinas, a los indígenas de Chiapas, dirigidos por el comandante Marcos, a las mujeres en las maquilas refundidas en la frontera de México y Estados Unidos, para citar algunos ingredientes de una agenda que no escatima medios y recursos con el afán de hacerse sentir, allí donde sea necesario[387].

Este movimiento de movimientos, que reúne una enorme cantidad de expresiones distintas en contra del sistema capitalista, presenta algunas particularidades cuya salvedad es notoria, si pensamos en los recursos desplegados por partidos políticos, sindicatos, organizaciones ecologistas, feministas y otras, cobijadas por la misma sombrilla carente de liderazgos evidentes, así como de supuestas "sagradas escrituras" en las cuales encontrar todas las respuestas, o de una plataforma ideológica, programática y principista, claramente definida, ante la cual postrarse de hinojos.

Porque el gran problema que presenta una organización como esta es su carencia de pretensiones organizativas. La ausencia de jerarquías, de mandamases, de vacuos atajos representativos y altisonantes conjuros a la democracia burguesa o popular, ha demostrado que la absurda caída del socialismo real, así como de la igualmente inútil democracia liberal, han agotado todas sus fantasías para mantener a la gente engañada, y propinarle una pretenciosa lección de que un mundo mejor no es posible en ninguna parte.

---

387 / Simon Tormey.(2004) Op. Cit. Capítulos 1 y 3.

Este movimiento de movimientos anticapitalista ha demostrado de forma aparatosa todo lo contrario. Aquí estamos en presencia de una enorme masa de "iniciadores" antes que de simples "seguidores". Sospechamos que el futuro de este movimiento reside en millones de iniciadores como estos; individuos y grupos que estén dispuestos a luchar, combatir, denunciar, enjuiciar y liquidar todas las evidencias que hacen del capitalismo neoliberal uno de esos monstruos ideológicos que superan la capacidad onírica de la humanidad.

La resistencia contra este monstruo es una labor cotidiana, que no se reduce a la protesta callejera, por festiva y carnavalesca que pueda ser en un determinado momento. Porque el carnaval con toda su potencia energética en términos sociales, culturales y políticos, constituye una fiesta para los manifestantes, pero no lo es para el militar, el burócrata o el hombre de negocios quienes ven en serio riesgo su visión de vida, y harán lo imposible por impedir su hundimiento.

De eso se trata, precisamente, de una confrontación, no solo entre dos visiones antagónicas de la existencia, sino de la derrota de aquellos que nos impiden actuar para abrir la posibilidad de que miles de visiones de la cotidianidad, distintas, productivas y fantasiosas sean posibles. En este contexto no caben los autócratas, los mandones y los vocingleros, siempre atentos a responder los dictados de su partido o de sus jefes. El movimiento anticapitalista, cuya ignición bien podría ubicarse, como hemos visto, en los años sesenta del siglo veinte, se topó en las protestas y manifestaciones callejeras de Seattle, Genova, Quebec y otros lugares, con la recuperación del viejo ideario anarquista de que la única forma de aspirar a una vida mejor, solidaria, justa, equitativa y amistosa es deshaciéndose del autoritarismo en todas sus expresiones.

No hay cabida en este movimiento de movimientos, como se lo ha llamado, para que las supuestas vanguardias y sus vanguardistas, se abran paso hacia nuevas formas de autoritarismo, al pasarle por encima a las aspiraciones de la gente, por mejores condiciones de vida, una paz articulada y productiva, así como por un futuro más prometedor, a pesar de las serias incertidumbres que éste trae siempre consigo. Con mayor razón, creemos, que tales incertidumbres

son el feliz resultado de la belleza, la sabiduría y la lucidez que se hayan podido sembrar en el presente, toda vez que hasta el último rescoldo de autoritarismo haya sido aniquilado.

Tales aspiraciones han sido también las de los anarquistas latinoamericanos, de acuerdo con el capítulo que sigue.